

Efectos de las TIC

Miquel Barceló

Las tecnologías de la información y comunicaciones (TIC), unión sinérgica de la digitalización informática y las telecomunicaciones, actúan en prácticamente todos los ámbitos de la actividad humana, y en todos ellos con grandes efectos. Se habla de una nueva revolución de las tecnologías de la información con un alcance parecido o superior al de la vieja revolución neolítica de la agricultura o al de la revolución industrial de hace pocos siglos. Incluso se llega a expresiones como la denominada *computopia*, que formuló el japonés Yoneji Masuda hace ya casi treinta años.

Pero no hay que olvidar que, en visiones como la *computopia* de Masuda, hay demasiadas referencias implícitas a esa utopía asociada primero a una única parte del mundo, la más adelantada tecnológicamente. Y esto sólo es posible con el voluntario olvido de la realidad global del planeta con los graves problemas de distribución, justicia y equidad que el sistema económico vigente permite. Es posible que norteamericanos, japoneses y tal vez algunos europeos podamos ilusionarnos con esa *computopia*, pero la mayor parte de la humanidad (África, América del Sur, Asia, etc.) todavía ve lo suficiente lejanos bastantes de los espectaculares milagros de las tecnologías de la información que promete la utopía informática.

Como decía hace unos años Edgar Pisani, en muchos lugares de África no son precisamente los cables o la fibra óptica de la Internet y las autopistas de la información lo más necesario. Antes, resulta imprescindible disponer de cañerías que traigan, simplemente, agua, un elemento que todavía resulta escaso en algunos lugares de África pese a ser del todo imprescindible para la sanidad y la supervivencia. En cualquier escala de necesidades (la de Maslow, la de Max-Neef o cualquier otra) la mera supervivencia se halla siempre en los primeros niveles...

Hay, también, un conjunto de efectos de las tecnologías de la información que son fruto de la informatización del trabajo administrativo y de la robotización del trabajo industrial. El más evidente es una clara *disminución de las necesidades de trabajos tradicionales*, precisamente de los que han sido típicos de la revolución industrial. También, tal vez como contrapartida, aparecen *trabajos de nueva clase*, centrados sobre todo en el sector terciario y en un nuevo sector incipiente: el de la sociedad de la información, aun cuando esto sólo ocurra, todavía, en algunas partes del mundo. E incluso surgen *nuevas formas de trabajo* como, por ejemplo, el trabajo a distancia que puede ser una curiosa aportación de las tecnologías de la información al desarrollo sostenible, por medio de la disminución del consumo de los recursos asociados a la "movilidad" de las personas.

Pero, como siempre suele ocurrir, la inocencia no es nunca total. En un congreso sobre Sostenibilidad al que asistí en 1995, me sorprendió una pregunta nada retórica que se hacía Ernst Ulrich von Weizsäcker del *Wuppertal Institut für Klima, Umwelt und Energie*. Venía a preguntarse sobre:

"¿qué sentido tiene cultivar la robótica, si lo que tenemos es precisamente un exceso de mano de obra que, especialmente en los países subdesarrollados, puede ser utilizada incluso de forma intensiva?".

A primera vista parece una "*boutade*" pero, pensando un poco en ello, uno acaba cogiendo un grave complejo de Joseph Rotblat (el físico y reciente Premio Nobel, que se vio obligado a renegar de su pasado científico por haber sido un eficaz participante en el

desarrollo del armamento nuclear). Con ello no quiero decir que no haga falta cultivar la robótica (o cualquier otro aspecto de las tecnologías de la información), pero tal vez haría falta empezar a ser conscientes de lo que representa hacerlo.

En este siglo la humanidad se ha vuelto espectacularmente poderosa y en el futuro inmediato, la nueva evolución de la especie (y también del planeta), depende esencialmente de nosotros mismos. Las tecnologías de la información no son ajenas a este fenómeno. Pero, en el mundo de hoy tan dominado por la tecnología la sociedad tiene la peligrosa tentación de aplicar fórmulas y soluciones técnicas a problemas que no son en realidad técnicos. Demasiado a menudo los problemas son de otra clase y exigen otro tipo de soluciones.